



Centro de Asesoría y Estudios Sociales
Atocha, 91 2º
28040 Madrid
Tel: 91 429 11 13 Fax: 91 429 29 38
www.nodo50.org/caes caes@nodo50.org

Unidad contra la guerra. Por una izquierda anticapitalista

Es incongruente enfrentarse con los actores de agresiones militares, imperialistas y coloniales contra países lejanos sin hacerlo, simultáneamente, con sus destacamentos cercanos en Torrejón, Rota, Pozuelo, Morón, Zaragoza y Bétera. La pertenencia de España a la OTAN, junto con la presencia de las bases militares norteamericanas en nuestro territorio, constituyen una referencia ineludible para oponerse a quienes ejecutan, colaboran y justifican la guerra y la ocupación de Iraq y de Palestina.

No es racional hablar de las tragedias de estos países y callar respecto a la OTAN y las Bases. Tampoco lo es combatir la precariedad, los recortes sociales y las privatizaciones, apoyando la pertenencia al euro, o pedir que la agricultura salga de la OMC, sin mencionar su instrumento, la Política Agraria Común de la Unión Europea, ni defender sinceramente la democracia y la paz, sin impulsar una salida dialogada del drama vasco en base al reconocimiento del derecho de autodeterminación.

La desaparición de las palabras que expresan los efectos particulares, cercanos y materiales de la violencia globalizadora sobre las personas, los pueblos y las relaciones sociales, obedece a una operación semántica sobre la que se realiza la recuperación política del “Movimiento contra la Globalización, la Europa del capital y la Guerra” (MAG)

Este movimiento tuvo una efímera, aunque enormemente productiva existencia. Desde una forma política unificada, —la Asamblea Estatal—, impulsó una agenda y unos lemas compartidos por toda la actividad social desplegada contra la presidencia española de la Unión Europea durante el primer semestre del 2002. Decenas de miles de activistas, integrantes de una enorme diversidad de grupos, organizaciones, áreas temáticas, colectivos sectoriales, territoriales y dinámicas de lucha, vivieron, en este semestre, una experiencia radical. En su práctica militante se construyeron dos identidades complementarias y sinérgicas. Por un lado, la identidad del propio colectivo particular. Por otro, una identidad más amplia, consistente, tanto en la experiencia cooperativa con el resto de identidades particulares, perjudicadas también por la globalización capitalista, como en los elementos políticos e ideológicos formalmente compartidos en esa movilización.

La suma de la pluralidad en una identidad compartida, en la que las identidades singulares, no solo no se disuelven sino que se potencian al cooperar, es la fuente de una enorme productividad social. El resultado de este proceso fue una actividad social sin precedentes, descentrada en el espacio pero unificada, objetiva y subjetivamente, contra el enemigo común. Este movimiento extenso, diverso, unitario, participativo y plural, generó una acumulación de fuerza que se hizo visible el 15 de marzo de 2002 en Barcelona, convirtiendo lo que era un movimiento de militantes, que sumaban miles al concentrarse en el mismo día y el mismo lugar, en un movimiento de masas.

Los múltiples contenidos políticos, las palabras singulares de cada uno de los colectivos integrantes del movimiento, son inseparables de sus formas participativas, de sus lemas y de su potencial de crecimiento. Un nuevo tipo de relación cooperativa, de intervención política desde lo social, creó un proceso de democracia radical, de abajo a arriba, en el que el centro de gravedad está en las identidades particulares, que dialogan entre sí, reconociéndose como equivalentes. Esta experiencia sienta las bases para la

cooperación y el apoyo mutuo. La identidad y la representación general son el resultado de un proceso participativo donde la ganancia de productividad de cada grupo depende del crecimiento de la productividad general. Eso exige respetar los ritmos de los colectivos y esforzarse todos en aportar al espacio común, como condición para recibir de él. Las asambleas territoriales, las Áreas Temáticas y la coordinación sectorial, facilitan la expresión de lo diverso a través de formas organizativas que, a su vez, promueven la participación y la incorporación de nuevos colectivos.

El éxito político de este modelo de desarrollo del MAG condicionó a los sindicatos mayoritarios, forzándoles a convocar una huelga general contra un decreto gubernamental que modificaba las prestaciones por desempleo. La tarde del 20 de junio de 2002, día de dicha huelga, se manifestaron millones de personas.

En este semestre vertiginoso, el MAG estuvo representado por varios elementos. a) una identidad común de baja intensidad basada en unos lemas de alto contenido (“Contra la Europa del Capital y la Guerra. Globalicemos las resistencias. Otro mundo es posible”); b) una asamblea estatal que se reunió cuatro veces en nueve meses (8 de septiembre de 2001, 6 de octubre de 2001, 24 de noviembre de 2001, 2 de enero de 2002) y que organizó sus trabajos desde diversas Áreas Temáticas que convergían en un plenario; c) un compromiso de apoyo mutuo para algunas acciones unificadas en el tiempo (huelga general del 20 de junio de 2002) y en el espacio (Madrid diciembre de 2001, Barcelona marzo de 2002 y Sevilla junio de 2002). Esta representación del MAG mantuvo y alentó, en todo momento, el dinamismo y la centralidad de las innumerables dinámicas representadas.

Quienes intentaron impedir a toda costa el proceso constituyente del MAG, conspiraron de forma ininterrumpida para sabotearlo: separación artificial del espacio contra la Unión Europea del espacio contra la guerra, enredos continuos de una de las corrientes de izquierda unida para excluir a la otra, confrontación violenta en los terrenos de la solidaridad internacional, creación de los Foros Sociales de Barcelona y de Madrid como estructuras divisionistas, controladas por la socialdemocracia y sus satélites y destinadas a abortar la continuidad y el ascenso del movimiento antiglobalización para convertirlo en un movimiento “altermundialización”, es decir, por una globalización con gobiernos socialdemócratas.

En la representación del movimiento antiglobalización (“No a la Guerra”), desaparece la OTAN, las bases, la precariedad, la globalización, el euro, la PAC, las privatizaciones, el derecho de autodeterminación, la contaminación, el consumismo, la desprotección social, la represión de quienes luchan. En esta representación que sirve eficazmente como eslogan movilizador para los grandes altavoces de la izquierda institucional, se pierde todo lo representado. Se mantiene la fragmentación artificial entre lo particular y lo general, entre la vida social y la vida política, reducida al voto periódico. Las grandes movilizaciones, al ritmo del grupo *Prisa*, de rectores, artistas e intelectuales jornaleros de la socialdemocracia, solo anuncian un nuevo desencanto y la enfermedad del MAG.

La indeterminación de las consignas unitarias que convocan a la población, es producto de la subordinación del movimiento contra la guerra a las necesidades electorales de la izquierda parlamentaria. La irracionalidad de las consignas generales, descontextualizadas de su realidad política y social, consiste en la imposición de la racionalidad de la socialdemocracia. Esa racionalidad electoralista permite, a través de su poder político y mediático, movilizar a mucha gente. Pero vacía de verdad y de contenido transformador al movimiento, convirtiéndolo en un cuerpo grande sin personalidad ni autonomía. Esta racionalidad, compartida con el PP, explica que, hasta ahora, el control del movimiento contra la guerra haya sido estéril en términos electorales para el bloque socialdemócrata.

Los beneficiarios son, sobre todo, la socialdemocracia y sus satélites. Pero la Federación Socialista Madrileña, no podría mantener su actual instrumento, el Foro Social de Madrid (tienen la misma sigla FSM), sin la cooperación activa de muchos otros. A

través de sus intelectuales de guardia, la socialdemocracia ya ha decretado la composición del bloque “altermundialización”: la izquierda sindical y parlamentaria, enriquecida con colectivos juveniles, críticos del “antiamericanismo trasnochado” y otros “mosquitos” que se mueven entre la “nube” difusa de la lírica postmaterialista de importación, la crítica artista y los territorios culturales, mediáticos, vecinales y electorales de la izquierda institucional.

Agustín Morán (CAES)
Septiembre de 2003